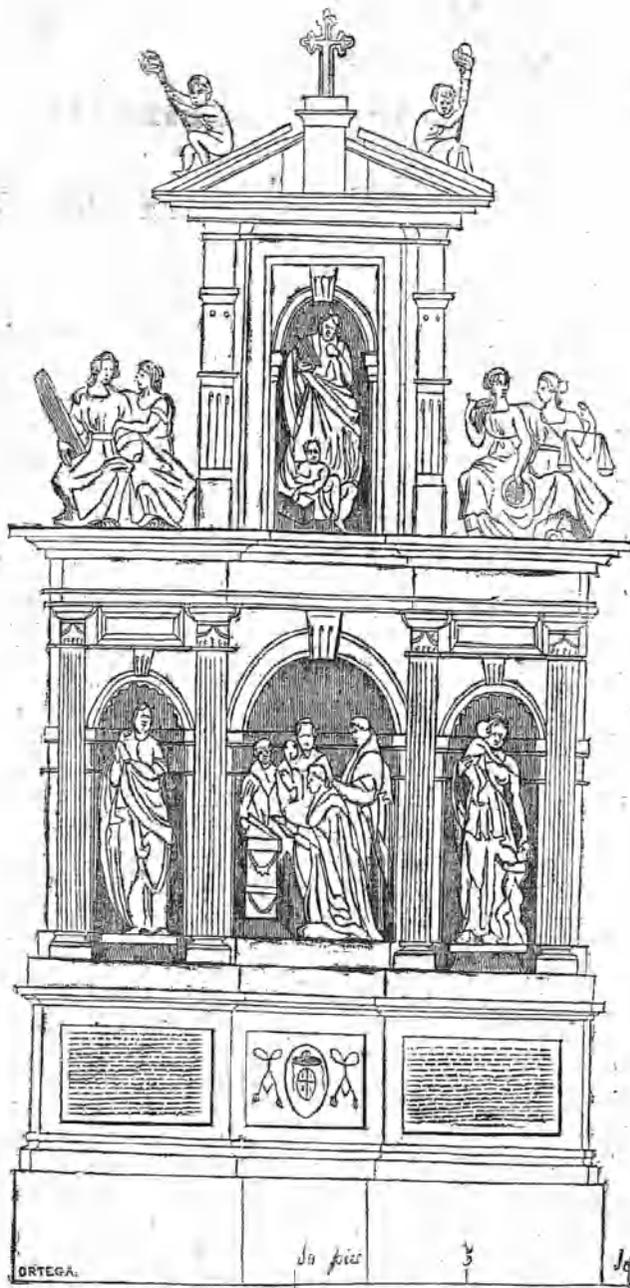


ESPAÑA PINTORESCA.



SEPULCRO DEL ARZOBISPO VALDÉS.

EL monumento de que vamos á tratar, y que representa el grabado que antecede, es uno de los mas bellos de su género que existen en España, y tanto mas notable, cuanto que se halla colocado en un templo que no lo merece, en la pequeña villa de Salas, y en medio de la provincia de Asturias donde escasean las bellezas, obras del hombre, al paso que la naturaleza ostenta las suyas con una magnificencia y variedad admirables. Verdad es que suelen encontrarse producciones curiosas bajo el aspecto histórico de las artes que cultivaron los godos cuando allí se refugiaron contra el furor de los árabes, y supieron fundar en aquellas asperezas el principio de la nueva monarquía castellana. Pero lo que queda de aquella época es poco y

Segunda serie. — Tomo III.

monstruoso, principalmente en la parte de escultura, si bien en la arquitectónica hay mucho que estudiar por hallarse allí el origen de la manera llamada gótica que después produjo tantos y tan bellos monumentos.

El espíritu de provincialismo, tan fuerte en todos los pueblos aislados y sin cultura, disculpable siempre, y sobre todo en quien no conoce á fondo ciertas materias, ha podido decir otra cosa; pero la verdad se sobrepone á las exajeraciones, y el viajero erudito se encuentra en aquel pais tanto mas chasqueado, cuanto que la naturaleza acusa en alta voz á los hombres, haciendo alarde de sus fuerzas, y ofreciendo á la contemplacion los grandes modelos que inspiran el buen gusto y las concepciones pre-

29 de agosto de 1841.

fundas del arte. Tal vez la causa que impide el vuelo de la inteligencia á la hermosa region de las artes liberales, exista en la naturaleza misma de la atmósfera, y la observacion de los pueblos coetáneos y los datos históricos inclinan á creerlo así, pues que vemos que Inglaterra y Alemania tan superiores á la antigua Grecia, la Italia, y la España de los siglos XVI y XVII, no han producido hombres como Praxiteles, Rafael y Velazquez; y tambien que la misma naturaleza con su atmósfera húmeda y nebulosa, tiende igualmente en algunos países á destruir las bellezas de ciertas producciones artísticas.

Viniendo ahora al monumento fúnebre que ha de ocuparnos y que no tenemos noticia haya sido descrito por Ponz, Llaguno y Cean, Miñano y otros autores que han tratado de las cosas de nuestro país, diremos que su construcción, obra del siglo XVI, es esmerada, y su materia mármol blanco al parecer de Genova. El tamaño y buenas proporciones del sepulcro, el género de su escultura y demas perteneciente al valor intrínseco de una obra de esta clase, se dejan bien conocer por la vista del dibujo. La composición del todo, bajo el aspecto de alusión á la muerte, y como depósito de los restos de un hombre notable, pudiera tener mas filosofía ó mejor gusto; pero atendiendo al de la época en que se construyó y aun al carácter y posición social del personaje á quien está dedicada, no pueden echarse menos en ella aunque obra italiana, la elegancia mitológica ni los conceptos sublimes que encierran e inspiran al observador otros monumentos análogos.

Tiene dos inscripciones, una en castellano y otra latina: la primera que puede decirse traduccion de la segunda, es mas comprensible, menos exagerada y por ambas razones debe ser preferida. Dice así:

D. O. M.

Aquí yace el Ilustrísimo D. Fernando Valdés, natural de esta villa de Salas, hijo de D. Juan Fernández de Valdés y de doña Mencía de Valdés, señores de la casa de Salas; que fue colegial de S. Bartolomé de Salamanca, y del consejo de la corte y general inquisidor. Sirvió al emperador D. Carlos V en Flandes y Alemania; tuvo los obispados de Orense, Oviedo, Leon y Sigüenza y la presidencia de la real Chancillería de Valladolid. Fue presidente del supremo consejo de estas reinos, del consejo de Estado; arzobispo de Sevilla e inquisidor general. Varón muy religioso y severo; perseguidor de la herejía praviada, y de la católica fe vigilante sumo, defensor docto, ejemplar, elemento y liberal, como lo mostró con gran magnificencia en las muchas, generosas y ricas fundaciones y dotaciones perpetuas de obras pías que dejó en su patria, en Oviedo, en Salamanca, en Sigüenza y en Sevilla para gloria de Dios y bien común. Vivió años LXXX; murió en Madrid á IX de diciembre de MDLXVIII, reinando D. Felipe II.

El sepulcro de que hablamos ha perdido su blancura, y aun algo de su pulimento por la grande humedad que allí es constante, y que le ataca mas por no hallarse aislado sino embebido en un muro, aunque con todo el relieve necesario para que luzcan sus formas, y la escultura libre de los corrosamientos. Tambien ha influido el haber tratado de restituírle su primitiva nitidez lavando el mármol sin precaucion ni buena inteligencia; agua sin otro ingrediente que un cuarentavo de su volúmen de ácido muriático, usado con esponja y brocha suave es el medio mejor que se conoce. Pero allí nada basta para preservar el mármol, sobre todo si es algo blando, contra la influencia poderosa del estado higrométrico en que siempre se halla la atmós-

fera: dos estátuas que representan á los padres del arzobispo, y que están á los lados del altar mayor, aparecen mutiladas en toda su superficie, y hasta la fuerza de los dedos para quitarlas pedazos ó pulverizar su mármol mas blando que el del sepulcro.

A. J. S.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

DON ALONSO CORONEL

6

LA VENGANZA DEL CIELO.

SIGLO XIV.

I.

La batalla de Arcos.

Era el otoño de 1339, grande la penuria y estrechez del erario, próximas la guerra con el moro de la frontera, y tiempo de aperebirse con dinero y vituallas. El rey de Castilla, Alonso XI, ardiendo en deseos de mayores conquistas y laureles, hizo llamamiento en los pueblos todos y señorios de sus estados, juntando copia grande de trigo en Nebrija, orillas del Guadalquivir; guardando el estrecho con galeras de su armada, y otras de Aragon, al mando de Gilaberto y Jofre Tenorio, tomó la vuelta de Madrid, para donde tenía convocados en Cortes los procuradores del reino. Sevilla en tanto no dormía, ni sossegados eran tampoco los ánimos de los caudillos y adelantados, á quienes se confiara el levantamiento de tropas y la guarda y defensa del país.

Lucida y numerosa escolta acompañaba al rey en su viaje, echándose allí de ver prelados y ricos-hombres, palaciegos y pages, donceles y escuderos, y hasta la comitiva no escasa de doña Leonor de Guzman, la combleza de Don Alonso. Apenas pasadas dos semanas, el alcazar de Madrid llenóse de júbilo con inesperadas y agradables nuevas. Abenmelique, hijo del emperador de Marruecos, guerrero poderoso recién venido de Africa, apenas supo la vuelta del rey, asentó sus tiendas cerca de Jerez, y después de enviar mil quinientos hombres á Nebrija, taló sus campos, apresurándose á volver al real con rico botín: pero no tan pronto que el maestre de Alcántara D. Gonzalo Martinez de Oviedo, no le alcanzase y venciese, cogiéndole otra vez sus rapiñas, con mas sus tesoros, y dejando sobre el campo hasta diez mil infieles, entre ellos Abenmelique y su primo Aliatar.

Felix presagio de mayores triunfos consideróse esta jornada en la corte de D. Alonso, inflamandó á la par un ardor guerrero, dado que á la prez de la victoria se allegaba la riqueza de los despojos, bastantes á remediar en partes de sus aprietos. Bullian ya en su mente esperanzas, deseos y recompensas, con que, alentando á unos y reprimiendo á otros, lograrse por cabo la felicidad del país, objeto de sus continuos afanes.

Empero no todos acogieron con igual alegría tan nueva novedad, que á la honrosa emulacion sustituye á veces la

envidia, recatada bajo el velo de la prudencia y del bien público. Doña Leonor de Guzman, declarado que se hubo bajo especiosos pretextos, enemiga mortal del maestre y resuelta á ensopar su gloria, buscaba medios y cómplices en tales manejos, hallándolos al fin dentro del mismo palacio. Un hombre de alta esfera, si bien no tanta que alcanzase el trono por su linaje, ni por sus dignidades y méritos á los grandes y señores de vasallos, aprovechó esta coyuntura de hacerse grato en pró de sí mismo, á los ojos de la amiga del rey, declarándose el alma de sus proyectos y el instrumento de sus odios. Este era D. Alonso Fernandez Coronel.

— "Y bien, (decía con semblante iracundo dos dias despues de llegar las nuevas de Arcos), tanta loa y tantos premios, ¿débense únicamente al esfuerzo de D. Diego y de los caballeros de Alcántara, cuando Fernan Perez Portocarrero desde Tarifa, Pedro Ponce y Alvar Perez desde Sevilla vinieron á su ayuda con tropas, arrematando y desbaratando á la morisma hasta el opuesto lado del río...? ¿O veremos en las jornadas del maestre, repetirse con mengua las turbaciones de las Ordenes y sus ambiciosos caudillos, á cuya sombra despararraman su pujanza en bien bastecidas fortalezas, no sin miras ni otros fines que alzarse algun dia contra su natural Señor y su rey...?" —

Estas y otras razones ayudadas de secretos manejos, desasosegaron el ánimo de D. Alonso XI, amargando los frutos de la victoria de Arcos. Veía el príncipe tras un velo la realidad de los hechos, y trayendo á su mente la funesta memoria de los bandos de Calatrava durante el gobierno del maestre D. Garcia de Padilla y eleccion de D. Juan Nuñez, á que siguiera la desastrosa jornada de los *Llanos de Buena*, juró reprimir con mano fuerte cualesquier intentos hostiles, verdaderos ó aparentes. Doña Leonor enarbolando sus ponzoñosos dardos en el corazon del rey, le encontrábase así dispuesto á favorecerla en su premeditada venganza.

II.

Por premio, castigo.

Numerosísima hueste, cual jamás vieron los nacidos acudió al llamamiento de Alboacen para vengar en lides sangrientas la deplorada muerte de Abomeliq en los campos de Jerez. Secretos conciertos con el moro granadino facilitaban esta invasion, y como quier fuesen mas de quinientos mil entre caballos y peones, no se alcanzaba como el de Castilla pudiese solo resistir tal golpe de gente, tantos y tamaños estragos. Trecientas naves de todo buque cubrian el Estrecho; abundaba entre los infieles el mantenimiento del soldado, y su entusiasmo crecía á par de la predicacion de los alfaquines y santones de Africa, empeñándole al fin á combatir y vencer en la que apellidaban santa guerra.

Arribose mas y mas la morisma con un suceso desastroso que ocupara los ánimos de la corte de Sevilla. El rey, cediendo á los torpes falagos de la Guzman y á la vil intriga de Coronel, emplazó al maestre de Alcántara, citándole para responder á gravísimos cargos de traicion que forjaban y recreaban sus émulos en pró de sus intereses y mengua del estado.

Lejos D. Gonzalo Martinez de esperar tal recompensa á sus servicios, y no cabiendo en su pecho hidalgo y generoso la idea de someter el fuero y privilegios de la órden á un tribunal corrompido, protestó que se le hacia fuerza, y poniendo á buen recaudo su persona contra las asechanzas del rey de Castilla, pidió asilo al de Granada, resuelto á volver á la corte, toda vez que se le oyese y juzgase por sus propias leyes y alvedrios.

Comenzaba en esto la primavera de 1340, y el delicioso suelo que fecunda el Betis, desplegando sus galas y bellezas, parecia mover á todos á obrar en comun provecho, disponiendo las voluntades á librar á cualquier trance la frontera de la horrible plaga de infieles, que por dó quiera la estrechaban y oprinian. D. Alonso presto en el consejo, á par que atrevido en la ejecucion de sus planes, dejó á Burgos, y púosase luego al frente de las tropas levantadas en Sevilla por el maestre de Santiago D. Alonso Melendez de Guzman, general de este reino durante la ausencia del monarca.

Sin embargo de la presteza y tino con que todo se dispuso, parecieron estos medios sobradamente tardios, vista la derrota y afrenta de las armas de Castilla en el puerto de Algeciras, donde disputando el paso Jofre Tenorio su almirante á la poderosa flota de Alboacen, superior en número y bastimentos, habia sido víctima de su bizarría y denuedo, puestas en dispersion sus naves y galeras, otras fugitivas en las aguas de Tarifa, y otras apresadas por los infieles. Suspenso el rey entre dificultades y temores, recelábase mayor desastre, y dióse prisa á precaverlo. Hizo, pues, juntar los grandes y prelados de sus reinos, á quienes despues de exhortar en una patética arenga á la venganza de tamaño ultraje, y de poner á la vista todo el horror de la situacion del país, talado y robado por la vanguardia morisca en número de mil y quinientos ginetes africanos, les mostró sus deseos en las siguientes memorables palabras. — "Solo os advierto mirris que de vuestra resolucion no se siga algun grave perjuicio á esta corona real, ni á esta espada deshonra ni afrenta alguna: la fama y gloria del nombre español no se mengüe ni escurezca." — Y dicho, salióse del aposento, dejándoles á su antojo para deliberar. De ellos, cada cual apuntaba un dicho y un parecer; cada cual ponía su mente en un suceso, y á su sabor y manera lo concertaba. Todos, empero, conocian el ánimo de D. Alonso; y como quiera estuviese tan reciente la fuga del maestre de Alcántara, sospechaban una segunda y mas estrechosa venganza, tal y tan ceuda como la de Segovia y Agoncillo, si bien no tan justa ni merecida... Acordóse, pues, en consejo, dar auxilios al rey para la defensa común, y venir luego luego á las manos con la morisma.

No eran vanos estos presagios, ni sin raxon temidos; pues á poco, sabiendo doña Leonor y el pérfido Coronel que D. Gonzalo Martinez se abrigaba, no ya en el alcázar del moro granadino, sino en la fortaleza de su villa de Valencia de Alcántara, tierra de Estremadura, instaron de nuevo por el castigo... ; Qué no pueden los deleites y caricias, y que no alcanza en los palacios una villana lisonja...!

Partió al punto buen golpe de gente y cercó y estrechó el castillo. Confuso el maestre en su inocencia y en que se le oiría y juzgaria, dióse luego al rey sin condiciones...! Vana esperanza...! El crimen habia escarnecido y atropellado la ley, aquel y no esta le declararon rebelde y traidor, pagando al punto en el cadalso, cual si fueran maldades, los triunfos de Arcos y de Tarifa, este caudillo insigne, digno de mejor suerte. Su cuerpo fue quemado, proscriba su memoria y sus bienes entregados al fisco: borron y manilla que empañó el lustre de un gran monarca, y sangriento escalon de la privanza de muchos, dó luego resbalaron con grande y estrepitosa caída de sus fortunas y escarmiento de sus malvados cómplices...

III.

La nueva dignidad.

El ronco clamoreo de las campanas, la pompa y funeral cortejo, las lágrimas en los ojos del concurso, el silen-

do del pueblo, la tristeza de los grandes, el abatimiento de los prelados, el desorden y confusión de las tropas, diezadas ya por los horrores del contagio, en el abandonado cerco de Gibraltar á fines de marzo de 1350, todo anunciaba en Sevilla la temprana muerte del rey D. Alonso XI, y la llegada de sus angustios despojos. Treinta y nueve años contara desde que vino al mundo, y uno menos de reinado: si mas larga vida alcanzase, holgaríase España de mas prontas y cuasi total espulsión de la morisma, y mayores laureos y proezas esmaltáran su corona. No empero, inútilmente, la fama publica sus virtudes, ánimo generoso y ardor guerrero. ¡Lástima que tantas y tales prendas asomase á par de algunos vicios, hijos muchos de un siglo, en que la moral cedía su imperio á la disolución de costumbres y la obediencia y templanza á las traiciones y bandos de los señores de Castilla!

Fácil es conocer los principios del nuevo reinado por sus prendas y acciones del nuevo rey. Doñado el altivo Don Pedro por la influencia y voluntad de Alburquerque, aspiró antes al ducado de *Craci*, que la distingue en las crónicas vulgares, que al de *Justiciero* prodigado por sus encomiadores. Y en tanto que con afable rostro escuchaba en Hlerena las propuestas de su hermano Don Enrique, y como á tal le agasajaba y recibía, apresuróse á dar orden á su confidente Alonso de Olmedo para que degollase sin piedad en Talavera á Doña Leonor de Guzman, presa tiempo habia en su fortaleza: como en efecto lo ejecutó. ¡Triste ejemplo de la instable grandeza humana, que apoyada en el vicio y las pasiones, tarda poco en experimentar el castigo! De aquí salieron tantos y tales torbellinos, rucias tempestades, lides y hasta una nueva alcaurnia de reyes.

Preciso pues era en estas revueltas alzarse con no escaso poderio á la privanza los amigos del astuto Alburquerque. Así, y no en otra forma, puede concebirse la injusta sentencia dada contra Bernardo de Cabrera, insigne varón y caudillo aragonés, que litigaba por deudo el señorio ó Estado de Aguilar en la provincia de Córdoba, como descomediente de Doña Berenguela Gonzalez, hija de los primitivos poseedores, en competencia de D. Alfonso Fernandez Coronel que sin lazos de sangre ni otros méritos que el favor obtuvo esta merced del rey D. Pedro. Probóse aun mas la constancia y fe de D. Bernardo, pues acusado de traicion y poetas con el de Aragon, vióse forzado á huir á su noble y generosa patria.

De esta manera labraba su fortuna el impio Coronel: faltábale empero mayor timbre para optar al opulento Señorio, dado que el de la villa y Estado de Aguilar era propio de Rico-hombre, y el nuevo dignitario, ni por su linaje, ni por sus ducados y alianzas pudiera acreditar un derecho positivo.

Mas qué no vence la osadía de un favorito en tiempos turbulentos y aciagos...? Apenas mostró su deseo el nuevo Señor de Aguilar, cuando el incansable Alburquerque hizo estender el privilegio rodado que le constituía en la dignidad de Rico-hombria. Siguióse despues la ceremonia á presencia del rey: y armado caballero por su propia mano, calzadas las espuelas y ceñida la banda, veló con grande aparato sus armas en la Iglesia de Santa Ana de Sevilla, al opuesto lado del rio en el barrio que nombran de Triana. Por último, el noble agraciado tomó plena posesión de su vasto heredamiento.

Engreíanse ayo y protegido con el venturoso azar de sus torcidos manejas; empero no tanto que el remordimiento del crimen, dando alabadas en el corazon del segundo, no le atribulase á veces, ofreciéndole de una parte el injusto suplicio del Maestre de Alcántara, y de la otra el horrible castigo de la Guzman, recuerdos ambos que penetrando en su espíritu, poniánle de manifiesto el origen de tan

infelice elevacion de fortuna, y amargaban frecuentemente su trabajada existencia.

IV.

La plática peligrosa.

Aun no van cumplidos tres meses desde su aclamacion, cuando el rey de Castilla, enfermo de grave dolencia, se encuentra al borde del sepulcro. El pálido y demudado semblante de Alburquerque, sus preguntas vagas é inconexas, su frecuente y animada conversacion con los doctores hebreos que apuraban su ciencia y sus recursos en el moribundo príncipe, todo respiraba temores y agonía en la opulenta corte de Sevilla. Los grandes, vista la incertidumbre y aprieta á que llegaba un reino, comenzado apenas, concebían entre sí serios temores, sin dejar á su vez de alimentar proyectos y esperanzas.

Pastábanse á lo largo de las estensas galerías del Alcázar, señores y palaciegos, hidalgos y ricos-hombres, entre ellos D. Alonso Coronel; y platicando á su sabor acerca de la sucesion del reino, cuidábase poco del bastardo Trastámara y los suyos, fijando sus miras, cual en D. Fernando Manuel, biznieta de S. Fernando, é hijo del infante D. Juan Manuel, cual en el de Lara, nieto de D. Alonso el desheredado, cual en el Marqués de Tortosa, Infante de Aragon.

—“¿A qué tanto departir, Señores, decía con altivo continente el de Aguilar, sobre herederos de la corona de Castilla, si, á decir verdad, la espada cortaria este nudo, no por ley, sino por alvedríos y voluntades de hombres...? En Algecira y otras villas fronterizas á nosotros aplazan nueva guerra los mal contentos: nada pues importa mostrar linajes y abolengo, cuando las armas deciden la contienda. Vivas estan en nosotros las tutorias de D. Alonso XI, cuando la pujanza de su brazo y el filo de su espada mantenían á raya las ambiciones y demasías. Pero hoy, como va el reino sin timon ni gobernanle, sospicho naufragará muy pronto en las causadas manos de Alburquerque.... Y entonces...”

—“Entonces, contestó indignado Garci-Maurique, veremos repetidas las jorruadas de Cabrera y Castro-leal: pero seguidas bien en breve las de Iscar y de Córdoba... Tan presto os olvidéis de Juan Ponce, el Adelantado...”

—“Nada se parecen tiempos á tiempos, repuso Coronel.... Todo ha cambiado ya...”

—“Nunca tanto, dijo un prelado con mesura, que pudiese la bastardía llevar el premio de la lealtad. El cielo propicio vela por la salud de Castilla y de su rey, al paso que castiga la traicion mas luego, ó mas tarde...”

—Y si en vez de esos castigos y anatemas vieséis 10000 lanzas en manos de otros tantos vasallos, y diez castillos almenados y abastecidos hacer alarde ante un rey niño y un vicio tremulo y ambicioso...? insistió el de Aguilar.

—Poco importan vanos aparatos, volvió á decir Don Montique, cuando el amotinado caudillo no tiene pechos leales que obedezcan sus órdenes, ni mas apoyo que un pergamino y una espada virgen....

Íblele á responder Coronel, á tiempo que se dejó oír la voz de Alburquerque, anunciando el alivio del Monarca. Sorprendió á todos tan estraña nueva, desmayando y cortando los vuelos de sus desbordadas esperanzas. —A pocos dias recobró D. Pedro la salud; el anciano favorito aseguró su poder. La licouja que halla cabida en tales ocasiones, deramó su veneno en el corazon de Alburquerque. La amenaza de Coronel, corrido de boca en boca llegó á oídos del rey. Trocóse en odio el favor y la privanza; y receloso el Señor de Aguilar del castigo, partió secretamente á sus estados, apercibiéndose para la guerra, hizo liga con los revoltosos y freguas con el moro. Así creía el ingrato vasallo po-

derse sustraer de los golpes de la cólera divina, próxima á descargar sobre su cabeza delincuente.

V.

La resistencia y la venganza.

Asestado el castillo de Poley ó Aguilar en lugar eminente y defendible por naturaleza y por arte (1), ofreció largo tiempo grave y tenaz resistencia á las armas del rey, obligando á su general el Maestre de Calatrava Don Juan Nuñez de Prado á mantener un cerco de cuatro meses, en cuyo tiempo dió cabo Don Pedro á la pacificación de Asturias, conquistó á Jijón, recobró á Montegudo y sosegó los bandos alzados en Castilla por su hermano Don Tello. Ajustada la paz y alianza, ofensiva y defensiva con el de Aragón, volvió D. Pedro toda su furia contra la villa de Aguilar, trayendo á este fin de Córdoba máquinas é ingenios con que batir sus muros y vencer la desesperada resolución de los sitiados.

Amaneció el jueves, primero de febrero de 1353, y el tabido de una campana en lo mas elevado de la fortaleza, próxima ya á desplomarse á impulso de redobladlos esfuerzos de los sitiadores durante cuatro dias, anunció al pueblo la hora de celebrarse la misa en la capilla de Don Alonso Coronel. Agrupados en torno suyo los trémulos y confusos vasallos, pintados en sus semblantes el hambre y la sed, la alicion y horribles sufrimientos probados en el discurso de tan largo sitio, cada cual parecia pedir misericordia al Dios de las venganzas, de haber malogrado sus esfuerzos y su sangre en pró de causa tan injusta.

Déjase percibir distintamente el estampido de los truenos y explosion de los trabucos, tan hábil y felizmente empleados en el cerco de Algeciras; y el sacerdote celebrante lleno de un santo fervor, pronuncia en voz baja las palabras tremendas y eleva sobre sus manos la victima espiatoria de los pecados del mundo. Todo era recogimiento, preces y lágrimas en el gótico santuario del castillo; todo rabia, carnicería y combates en lo exterior de su recinto.... El débil muro que guarnece la villa se derrumba entre vaporosos escombros; arranca su caída mil gritos de desesperacion; mézclase la voz de guerra y de triunfo con las postreros ecos del moribundo.....

No hay remedio en lo humano; por do quiera se multiplican los ataques; bambonean las escalas, oprimidas con increíble número de guerreros: Don Pedro se adelanta seguida de Alburquerque á la brecha mas próxima al castillo; una nube de dardos se despunta en su acerada rota, sembrando en derredor suyo la muerte: caen traspasados varios caballeros de Calatrava; enciéndese la saña del Maestre y lánzase con lo mas escogido de su tropa en el mayor peligro, deseoso de vengar este ultrage. Una horrible detonacion se prolonga bajo sus plantas; vacilan los sitiadores.... El gran baluarte, que aun mostraba erguida é intacta su frente al iracundo Príncipe, pierde el equilibrio, y parecen conmovidas sus entrañas; hiéndese al fin, desgaja sus moles y cae desplomado ante el mismo vencedor.....

Aun se muestra hoy en Aguilar parte de la mina que produjo tan estrepitosa catástrofe, cerca del sitio que llaman la *Puerta de Hierro*, en el cual es tradicion haberse entregado al rey Don Alonso Coronel con sus cuatro compañeros, gefes y principales cómplices en el alzamiento, á saber: Don Pedro Coronel, su sobrino; Don Juan Gonzalez Daza, su cuñado; Don Ponce Diaz de Quesada y Don Rodrigo Fañez de Viesma, Dueño de si mismo el Señor de Aguilar en aquel trance terrible, lejos de turbarse á pre-

sencia del monarca y de su bienhechor, dióles en rostro con semejantes palabras= "Esta es Castilla, que hace á los hombres y los gasta." =Y como todos guardasen silencio, continuó así:= "Oh tu, victima generosa, cuanto inocente de mi desapoderada ambicion, Gonzalo Martinez, Maestro de Alcántara, recibe en hecatombe espiatoria la vida de este infeliz, cuyos postreros acentos serán el demandarte perdón!" =Y dicho, rindió sus armas y entregóse al rey....

En seguida su lanza se hizo públicamente astillas por mano del verdugo, arrancáronsele las espuelas, rompióse con la maza su casco y su armadura, cortóse la cola á su caballo de batalla, y hendiendo con el hacha el blason de su linage, se colgó ranversado de un palo en la mas pública y principal entrada del castillo, cerca de donde se habia levantado el cadalso; borróse de las crónicas su nombre, y dejando abierta la villa, impúsosele el de Monte-real: tan cruda y espantoso fué el castigo de esta alevosia.

No habia el sol terminado su carrera diurna, cuando se vio bajar por el arco de la *Puerta de Hierro* varios frailes con hachas encendidas, entonando preces, seguidos de otros, que recogian limosnas para el entierro y sufragios de los ajusticiados. Cinco atahudes cubiertos de negras bayetas cerraban la marcha. El postrero contenia el cadáver de *D. Alonso Fernandez Coronel*, Rico-hombre de Castilla, Señor del Estado de Aguilar y Caballero de la Banda, muerto en el suplicio como traidor á su rey.

Así concluyó tanta grandeza, y ojalá esta caída sirviese de barrera á las demasías de los turbalientos nobles de la corte de D. Pedro, á las pasiones del monarca y avaricia de su privado...! Pero no fue así, que en tan lóbregos é infelices tiempos, toda carne se habia corrompido, borrándose del corazón de los hombres aquella divina sentencia: = "El que derrama la sangre de su hermano, verá tambien derramada la suya."

MANUEL DE LA CORTE Y RUANO.



CIUDADES ESPAÑOLAS.

ZARAGOZA.

(Conclusion. Véanse los dos números anteriores.)

En referir los inmediatos sucesivos reinados de los príncipes que ocuparon á Zaragoza, seria obra de más estension de la que permiten los estrechos límites de un artículo, y así baste decir, que al príncipe Berenguer sucedió su hijo Don Ramon. llamado despues Alonso II el Casto, que fue rey de grandes prendas, valor, prudencia y cristiandad, y murió en Perpiñan á 25 de abril de 1196; que á esta época siguieron las tumultuosas revueltas de la lucha de los demas reyes con los ricos-hombres, los cuales ensoberbecidos con las glorias adquiridas en los combates contra los enemigos de la fe, osaron disputar el poder á sus soberanos;

(1). Véanse el artículo y dibujo insertos en el núm. 43, segunda serie, tomo segundo del Semanario.

y que trascurridos algunos siglos hasta el feliz reinado de Don Fernando II llamado el Católico, que casó en octubre de 1469 con la princesa doña Isabel, hermana y heredera del rey D. Enrique de Castilla, volvió á renacer en el suelo aragonés la apetecida calma después de tan aciagos disturbios, y que Zaragoza, fiel y cumplida siempre con sus reyes, obsequió magníficamente á los dos esposos en las épocas diferentes en que la visitaron, aun siendo estos ya reyes de Castilla, y que celebró después con suntuosidad las exequias de doña Isabel en el año 1504 con las mas vivas y singulares muestras de dolor.

Por la muerte de D. Fernando el Católico vino á ocupar el trono en 1517 D. Carlos I emperador de Alemania, llamado el Máximo y fortísimo, hijo de la reina doña Juana y de D. Felipe archiduque de Austria; el cual después de haber querido reunir Cortes en Zaragoza, á lo que se opusieron los cuatro estados del reino, alegando que vivía su madre y que solo á los reyes jurados competía este derecho, y arregladas algunas diferencias que con este motivo se suscitaron, entró D. Carlos en Zaragoza en 9 de mayo de 1518, y juró en nombre de su madre y en poder de La-Nuza, justicia de Aragon, observar los fueros, privilegios y usos del pais.

Felipe II, á quien llamaron el Prudente, y el que sucedió á su padre el emperador Carlos V de Alemania, prestó en 1563 igual juramento. En este reinado hubo frecuentes disturbios en Aragon, agitándose extremadamente los ánimos por los procedimientos del soberano en contra de los fueros jurados y establecidos, y los últimos tumultos á cuya cabeza se hallaba Gil de Mesa en 1591, y que rompieron los grillos de Antonio Perez, secretario en un tiempo de Felipe II, hicieron que este dirigiese contra Zaragoza un ejército á las órdenes de D. Alonso de Vargas. Este general no pudiendo ser contrarrestado por la gente que había reunido La-Nuza, entró en la ciudad é hizo preso á este caudillo, el cual fue publicamente degollado en medio de la plaza, dándosele después á su cuerpo honrosa sepultura con grande pompa y aparato.

Los dos reinados siguientes de Felipe III y Felipe IV no ofrecen acontecimientos notables que poder escribir de la historia de Zaragoza. Ambos monarcas la visitaron como prueba del aprecio y distincion con que la miraban, en 1599 el primero, y en 1626 el segundo, en cuya capital recibieron el fiel y sincero homenaje de tan distinguidos vasallos.

El siglo XVIII proporcionó grandes disturbios y trastornos á Zaragoza: estinguida la dinastía austriaca por la muerte de Carlos II, sucesida en 1.º de noviembre del año 1700, y nombrado sucesor Felipe, duque de Anjou, en contra del derecho alegado por el archiduque Carlos, en cuyo favor estaba Inglaterra, Portugal, Polonia, Dinamarca, Holanda y Saboya, y desembarcando éste en Barcelona con un poderoso ejército en 24 de agosto de 1705, fue Zaragoza teatro funesto en 1710 de una de las mas sangrientas y reñidas batallas que entonces se dieron en la Península, en la cual quedaron victoriosas las armas del archiduque Carlos; pero no habiendo sabido este aprovecharse de su triunfo, y habiendo perdido después la batalla de Villavieja, el resultado fue entrar D. Felipe vencedor en Zaragoza; el que reconocido por rey de España en la paz general de Utrecht en 1713, dió fin con esta guerra tan desastrosa y con los antiguos y venerandos fueros de Aragon.

A principios del siglo XIX volvieron las convulsiones políticas á conmover nuestra España, y en la viva defensa que esta hiciera de su territorio contra las armas francesas, Zaragoza fue seguramente la primera que en sus dos memorables sitios dió á conocer á los feroces enemigos el valor inimitable y la constancia heroica de sus defensores. Los

admirables rasgos de esfuerzo y virtud con que se señalaron en tan tremendo y desigual pelea, ocupan una de las mas honrosas páginas de nuestra historia moderna, y forman el blason distinguido, que acreditará eternamente las glorias de esta célebre capital.

Deterioradas y casi destruidas por estas últimos aciagos acontecimientos muchas de sus antiguas bellezas, presenta actualmente Zaragoza en varias de sus partes el cuadro lastimoso del estermínio y la ruina, fúnebres vestigios de sus dias de padecer y de gloria, y que no ha podido aun el celo de sus nobles hijos reparar. Esto, empero, constituye el sello honorífico que mas la distingue; la voz muda, pero elocuente de sus heroicas é inmortales hechos.

El centro de esta ciudad es elegante y vistoso por muchas de sus partes, aunque en otras conservan sus edificios aquel aspecto grave y sombrío de su vetusta antigüedad, injuriado visiblemente por el discurso de los siglos. Contiene 235 plazas y calles, aquellas anchas y estas estrechas en lo general; excepto las del *Coso* y *Predicadores* que son largas, espaciosas y de buena vista. Después de estas llaman principalmente la atencion la de la *Alberdería* y *Cedavéria*, que aunque pequeñas son muy animadas y vistosas por el concurso de las gentes y la abundancia de las buenas tiendas de comercio. Además las calles de *S. Gil*, *Cuchillería*, *Platería* y *nuevas del Mercado* son muy buenas y frecuentadas. Las mejores plazas son la del Pilar y la llamada antes de S. Fernando; en aquella se vé la suntuosa catedral de la Santísima Virgen patrona de Aragon, y en esta los ruinosos vestigios del viejo convento de S. Francisco, derruido por los franceses. El mercado es cómodo, ancho y bien provisto: en él se encuentra el llamado *arco de Toledo*, el cual lo forma el edificio de la carcel, que es grande y segura. Los buenos edificios en esta ciudad son de mérito y en gran número, y la gallarda elevacion de sus torres y capiteles sorprende agradablemente la vista del viajero. Un escrito de mayor estension que este que dedicamos hoy á Zaragoza sería necesario para describir en particular sus curiosos y antiguos monumentos, lo que procuraremos hacer con mas detenimiento en otros artículos.

Zaragoza es capital de la provincia de Aragon, ciudad de voto en cortes de 62,300 habitantes. Tiene 16 parroquias, 2 hospitales, universidad literaria, sociedad económica, una academia de nobles artes denominada de San Luis, un brillante liceo artistico y literario, seminario conciliar, administracion general de rentas y principal de correos, un buen teatro, casa de postas, y tres archivos generales del reino, el eclesiástico, el de la ciudad y el de las hipotecas.

Esta ciudad ha sido cuna de muchos hombres grandes entre los cuales se cuentan los santos Valerio, Lamberto, Braulio y Engracia; los historiadores Gonzalo Garcia de Santa Maria, Gerónimo Zurita, Gerónimo Blancas y Bartolomé Leonardo de Argensola, D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz que fue á un tiempo orador, historiador y poeta en el siglo XVII, y D. Ignacio Luzan tan conocido en la república literaria, sin otras que ahora no recordamos.

Las costumbres de los zaragozanos son sanas y sencillas, y su carácter leal y franco sobrepasera; aunque su honrada ingenuidad, el noble orgullo y enérgica espíritu que los distingue se han calificado injustamente (como el de todos los aragoneses) de groseria, fiera y terquedad. El que ha tenido la ocasion de tratarles sabe que no es así; y que bajo un exterior severo y desahrido abrigan los hijos de Aragon un corazon tierno y generoso, capaz de las mas delicadas impresiones y de los sentimientos mas sublimes.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

UN VIAJE

A LOS BAÑOS DE PANTICOSA.

Como hacia ya seis años que no podía nadie esperarse á salir de casa, gracias á los *Palillos* y *Perdices* y otros concidanos que guardaban los caminos; este año (1840) se le han removido á cada fiel cristiano las ganas de viajar, y el uno con la excusa de sus dolores y el otro con la de sus negocios, todos escapan de sus casas y familias contentos de perderlas de vista por algún tiempo. Los baños, los baños son una de las excusas principales, y mas ahora que la corte ha dado la moda, yo tambien la he querida seguir; y como el hígado y el hipocóndrio han sufrido tanto en estos años pasados de murrías y malos humores que no se han podido desahogar, me he venido á tomar las rociferadas aguas del Hígado, de Panticoosa.

El camino es como el del ciclo, estrecho y penoso, con no poco peligro; y á no ser por la inteligencia y seguridad de los machos, á quien tan poco agradecidos nos mostramos, no se podría llegar: séame pues permitido manifestar aquí mi agradecimiento á tan útiles y honrados animalitos. No puedo tributar el mismo reconocimiento á las albardas en que se ven obligados á depositar sus ya magullados cuerpos los viajeros, que por mas mantas y apéndices que se les pongan nunca se pueden arreglar con comodidad. ¿Pero quien vá á pararse en incomodidades cuando viaja á caballo por España?

Supongamos que se ha llegado sin novedad, entre riscos y precipicios, molestias y aduaneros, y léctenos á la entrada de un árido y triste anfiteatro, como de un medio cuarto de legua de estension, sin un árbol, sin una planta, coronado de nieves por algun lado, y partiendo aun su escasa superficie con un lago, que dá algunas truchas, y se podían perdonar por la humildad que produce.

Apenas llega alguna caravana, saltan de sus madrigueras los bañistas, encapotados y engorizados la mayor parte, y con caras macilentas y en perfecta armonía con el pais. Apénase con dificultad los recién venidos, piden un cuarto, pero no le hay, y tienen que sufrir el martirio de la buardilla, que es aquí casi tan indispensable como la zurra en los Toribios.

El nombre de buardilla es sinónimo de muchas incomodidades, y mas aquí donde hay varias ramas reunidas, donde pasa el aire frio por muchos resquicios, y el sol calienta con facilidad la techumbre al mediodía, y si á lo menos hubiera salud, anda con Dios; buardillas había donde pasará su vida una costurera ó un estudiante mas alegremente que en un palacio; pero los que están habitando todos son enfermos y muy delicados. Al cabo de algunos dias de tan rigoroso noviciado y de empeños é instancias, se pasa á algun cuarto donde suele haber algun otro individuo, y de consiguiente nadie puede verse solo un momento y tienen todos que manifestarse mutuamente sus miserias. Ademas la reunion de dos ó tres enfermos en un cuarto pequeño y casi siempre cerrado no produce un aire muy puro, es especial por las noches. El clima es fresco; el verano no se atreve á entrar en este rincon del mundo defendido por las nieves, y las noches y mañanas son algunos dias frias á 9 y 10 grados de Reaumur.

Los que no viven en familia, tienen que acudir á la fon-

da donde por 18 reales les dan su chocolate, comila y cena mejor de lo que se debía esperar de un pais que no produce nada. Hay sin embargo la incomodidad de que el comedor sirve de salon de compañía, y las mesas sirven para juego, de que resulta que muchas veces se cena mas tarde de lo que algunos desearian. Este salon de reunion ofrece aun el inconveniente de hallarse casi siempre lleno de humo del cigarro, lo que agobia mucho á los enfermos del pecho. Todas estas incomodidades son efecto de la escasez de habitacion; y si esto es ahora, que hay tres casas grandes y espaciosas, qué sería antes de haber comprado el establecimiento su dueño D. Nicolás Guallart, que no habia mas que unas miserables chozas? Sin embargo, en el dia ya faltan habitaciones y faltan comodidades, aunque si he de decir verdad creo que menos habría si en vez de pertenecer el establecimiento á un particular, que procura hacer por su parte cuanto puede, perteneciera á las gentes de estos pueblos acostumbrados á vivir en el monte y sin ninguna clase de comodidades.

Por esto y quizá por los repetidos ejemplos de que el que vende su propiedad á censo enfiteutico suele perderla, no permite el propietario de estos baños que nadie se establezca en ellos por ningún título, y este es quizá el único ejemplo que se pueda encontrar de un señorío moderno. D. N. Guallart compró por un censo anual de 2000 reales y algunos pleitos (según he oído decir) las aguas y un cierto término, y como dueño y señor no permite que nadie ejerza comercio de ninguna especie sin su permiso y bajo una leve retribucion, que algunas veces perdona por caridad. Tiene establecida su tienda donde procura tener cuanto puede hacer falta á los concurrentes, y aunque algunos crean que esto es perjudicial, yo no lo creo así, en un pais en que tan poco aficionados son á hacer el comercio y tan pocos capitales se encuentran para ello; y vienen en mi apoyo las relaciones que he oído de otros baños de España donde no se está con mucha mayor baratura ni comodidad que en estos.

No hay aquí ninguna clase de diversiones, pues ni hay caminos para pasearse, ni horizonte para estender la vista: únicamente la malilla y el tresillo hacen pasar un tanto la noche á despecho de los que desean cenar temprano.

La única distraccion ó ocupacion de todos los dias es la de ir á beber el agua saludable: aquí se reúnen á una misma hora todos los pacientes, y cada cual la toma á su manera y bajo ciertas reglas y condiciones. Unos sentados, porque de otro modo hace daño; otros de pie, sin que les suceda nada; quien con aises, quien sin ellos para no quitarle la virtud; este la pasea, el otro no; uno bebe seis vasos, otros engullen hasta 30 y mas, y cada cual dá muy extrañas razones para apoyar su método. Verdad es que en ninguna parte se ve mas á las claras la miseria del entendimiento humano que en los baños.—Aquí vé V. á un hombre que cree V. de juicio, que tiene asco de beber en el vaso de cristal de otro, que no está tan malo como él, y no tiene aprension de dormir en el cuarto, cama y quizá sábanas que sirvieron ayer á un físico rematado; y esto dá una buena prueba de que la tisis no se comunica por los muebles y las ropas, porque en tal caso todos los que vienen á estos baños debían morir sin remedio; y en vez de esto el propietario, el médico y otros que los habitan están muy gordos y buenos. Vé V. á otro que está mirando su reloj, y no se atreve á beber su tercera porcion de agua porque faltan dos minutos para el cuarto de hora que ha dicho el médico puede dejar pasar: en fin cada cual se gobierna á su modo, y rara vez guiado por la razon.

Alguna vez suelen turbar la monotonia y parsimonia de nuestros bañistas los vecinos franceses, que con boinas de colores, casacas raras y fajas á la española, suelen entrar

á caballo dando chasquidos y respirando alegría y vivacidad. Son gente que habiendo ido á visitar los baños del Pirineo con ánimo de evitar el calor, de comer buena ternera y manteca fresca, y de gastarse algunos doblones que tienen de sobra, translimitan desde Aguas-Buenas ú Aguas-Calientes que están á unas seis leguas, y quieren llevar una idea de lo que es España, que por ninguna otra parte pudieran tomarla peor. Quedan por supuesto asombrados de aquella aridez, de la escasez de víveres del fondista, de que no tienen café para el almuerzo del día siguiente, ni cuarto para dormir, ni gentes con quien platicar, y se van escarmentados, llevando de España la mas equivocada idea que en ninguno de sus libros pudieran encontrar. En castigo de su osadía tienen que dormir en el comedor, cuando lo quieren dejar libre los concurrentes, y las mas veces por el suelo á falta de catre. También ha babido algunos de aquí que se han atrevido á visitar los vecinos baños franceses, y han venido diciendo maravillas de la comodidad y espléndidez con que en ellos se vive. Caminos reales hermosísimos, diligencias cómodas y baratas todos los días para cualquier punto de Francia; sillas de posta que salen y entran á cada momento; mesas redondas de á 20 y 25 platos diferentes por 10 rs, y en donde se reúnen 40 y mas personas todas finas y elegantemente vestidas; cafés de lujo, salones de lectura y de baile, caballos de alquiler por tres pesetas al día, tiendas bien surtidas, boticas y médicos de sobra, y en fin cuanto se necesita para pasar la vida agradablemente. ¿Cuándo veremos nuestros baños así!! Esa Galicia que encierra tantas y tan estimables aguas minerales, en pais tan fresco y tan ameno para el verano, ¿cuándo tendrá buenos caminos para poder llegar en carruages y con la comodidad que conviene á un enfermo á Caldas de Reyes ó de Cuntis?

Ese reino de Granada, esa provincia de Cataluña, tan ricas en aguas minerales, por qué no ponen en sus baños ya que no el lujo de los extrajeros, la comodidad que aumente la concurrencia?

Pero volvamos á Panticosa para despedirnos de ella; entre otras de las muchas cosas que aquí faltan es un local para los pobres de los pueblos vecinos en donde cada ayuntamiento pagara la miserable estancia de los suyos, cuya cantidad reunida á las limosnas de los bañistas bastaria para su mantenimiento.

Las propiedades de sus aguas están descritas en una Memoria impresa en Madrid en 1832 y el analisis de las mismas hecho por D. Juan de la Manja es el siguiente, copiado de dicha memoria.

Temperatura 25° y $\frac{3}{8}$ centigrado: su peso menor que el agua destilada como 83 á 84.

25 libras medicinales dieron.

Gas azoe dos terceras partes del volúmen total.	
Sulfato de sodio.	15 granos.
Muriato de sodio.	4, 80
Oxido siliceo.	6
Carbonato de cal cantidad inapreciable.	

25, 80

Analisis de las Aguas-Buenas en Francia á unas 8 leguas de Panticosa.

Temperatura de 23 á 25 grados centigrado.

16. Kilog. de agua evaporada han dado un residuo seco de 60 granos á saber:

De Hidroclorato de Sosa.	29 granos.
De Sulfato de Sosa.	17 id.
De una sustancia grasa.	6
De Silice.	8
	60 granos.

Analisis de las de Cautelets en Francia á unas 6 leguas de Panticosa.

30 Kilogramos ó sea 60 libras de agua de la *Raillere* evaporadas han dado un residuo seco de dos gruesos y 8 granos á saber:

De Deuto Carbonato de Sodio.	36 granos.
De Deuto Sulfato de id.	27
Sustancia grasa.	21
Silice.	30

114

La mitad del volúmen de ácido hidro-sulfúrico.

Todas estas aguas son buenas para muchas cosas, especialmente para el pecho, y así no solo llevan en Francia las personas, sino tambien las caballerías enfermas que se vuelven muy mejoradas.

Peró todas las aguas termales tienen la rarísima cualidad de que sus efectos no se notan hasta algunos meses despues... ¿si la habrá descubierto algun sabio médico para calmar escrupulos?

C. R.

HISTORIA NATURAL.



EL MURCIÉLAGO.

ESTA clasificado el murciélago entre los mamíferos, y caracterizado particularmente por la estension de la piel que abraza los intervalos de sus miembros y de sus dedos, permitiéndole sostenerse en el aire y aun volar cuando las estremidades anteriores están completamente desarrolladas. Durante el día permanecen ocultos en lugares sombríos, y no salen hasta despues de puesto el sol. La mayor de las familias en que se subdivide se alimentan de insectos que apresan volando. Su movimiento en el aire mas bien que

vuelo es un volteo inseguro que parece ejecutan de una manera torpe y como forzada. No se les vé elevarse á una grande altura, y su direccion oblicua y tortuosa sufre mil bruscas variaciones. En el invierno se retiran á las cavernas, al interior de los árboles, á los edificios inhabitados, donde á las veces se les vé suspensos de las bóvedas pendientes de sus estremidades posteriores: las alas las recogen replégandolas: producen sus hijos como todos los mamíferos, y se conocen diferentes especies.